

VICENTE Lloréns acaba de morir en un hospital valenciano apenas iniciada su temporada estival en el pueblo de Jalance, donde se había construido un dulce retiro en tierras que fueron de su padre. Allí iba todos los veranos desde 1957 para recuperar las raíces perdidas durante tantos años de exilio; allí leía, conversaba —una de sus pasiones— y se entregaba al ocio creador. Todos los años —antes de retirarse a aquél bello rincón— pasaba unos días en Madrid: visitaba a viejos amigos, se relacionaba con editores, llamaba a los jóvenes para no perder comba con la edad... Era una delicia escuchar su conversación, oírle innumerables anécdotas de toda clase de gentes y situaciones, interesarse con fruición por los problemas de país. He conocido pocas personas de su edad tan jóvenes mentalmente.

Mi relación con él empezó a raíz del propósito de escribir una historia del exilio de 1939. Teníamos amigos comunes y sabía por ellos de su dedicación obsesiva al tema; se decía que tenía el mejor archivo personal y que llevaba años recogiendo datos e información. Como tantos otros, estaba profundamente marcado por el hecho del exilio mismo sobre el que no había hecho más que reflexionar e informarse. En este sentido, su vinculación a Américo Castro era indudable, pero no tanto porque como historiador compartiese las ideas de aquél, sino porque —como en don Américo— su obra historiográfica estaba marcada por la diáspora. La común preocupación por el tema judío provenía de ser éstos los primeros exiliados españoles de nuestro pasado. Pero, si en Castro esa preocupación le había llevado a elaborar toda una nueva y original teoría sobre la realidad histórica española, a don Vicente le había impulsado a bucear en la historia de nuestros sucesivos exi-

lios. Ahí tiene su origen la magnífica investigación sobre la emigración de los liberales de 1823 que se publicó con el título *Liberales y románticos* (1.ª edición, 1954; 2.ª ed., 1968; 3.ª ed., en prensa) y su pertinaz aten-

ción: *Santo Domingo 1939-1945* (1975) y el libro *La emigración republicana de 1939* (1976), que constituye el primer volumen de la obra colectiva *El exilio español de 1939*. En otros libros misceláneos: *Literatura,*

en Estados Unidos; en este país enseñó muchos años en la Universidad de Princeton. Actualmente estaba jubilado, pero seguía dando cursos como profesor *emeritus* en la de Stony Brook (Nueva York). Al terminar el curso volvía invariablemente a su nativa Valencia, allí tenía familia y amigos, y en ella parece que estaba destinado a morir.

En la última primavera había estado en Madrid, como de costumbre, pero en esta ocasión había adelantado su viaje para dar un curso en la Fundación Juan March. Una vez más, el tema del exilio, del destierro, de la persecución contra la cultura y la inteligencia, fue el objeto de su dedicación. "La huella de los Indices inquisitoriales (siglos XVI-XVIII); "La España ilustrada y la reacción fernandina (siglo XIX), y "Consecuencias de una guerra civil (siglo XX)" —fueron los títulos de sus intervenciones. Cuando se marchaba le encontré preocupado; según me dijo, a poca distancia de su casa valenciana, estaban terminando de construir una central nuclear de mil megawattios, y todas las gestiones que había hecho con la Administración habían sido inútiles. Estoy seguro de que le gustaría saber que he incluido esta noticia en su necrológica. Era un luchador incansable contra todas las consecuencias deshumanizadoras de la técnica y de la política. En esa misma última cena que he evocado nos recordó también la quema de libros que presencié en Colonia durante los primeros años del régimen de Hitler. Cuando lo contaba se le veía todavía impresionado por aquello... Pero ya no lo podrá repetir, ya no seguirá contándonos anécdotas increíbles de personajes más increíbles todavía. Será imposible sentarse alrededor de una mesa y un buen vino, escuchando incansablemente cómo administraba lo que Giner llamó "el santo sacramento de la conversación". Era de esa estirpe. ■



Cronista y sujeto del exilio

VICENTE LLORENS

JOSE LUIS ABELLAN

ción a la figura de Blanco White, emigrado español por excelencia, de quien hizo una *Antología de obras en español* (1971) y la presentación al lector de la primera traducción del inglés de las *Cartas de España* (1972). Pero el objeto preferente de su atención ha sido el exilio producido a consecuencia de la última guerra civil, al que él mismo perteneció.

Esa ha sido una obsesión que no le dejó desde entonces, y de ahí arrancan sus *Memorias de una emigra-*

Historia, Política (1967) y *Aspectos sociales de la literatura española* (1974), el tema del exiliado o del desterrado aparece reiteradamente: Jovellanos, Goya, Moratín, Blanco White, Pedro Salinas, Américo Castro...

Había nacido en 1906, en Valencia, y se sentía profundamente arraigado a su tierra. Desde 1939, en que salió de España, no había dejado de soñar con ella. Primero estuvo en Francia, luego en Santo Domingo y finalmente